

MARRUECOS FRANCES

El residente Sr. Steeg y los últimos secuestros

La cuestión de los secuestros últimos acaecidos en el Marruecos francés, en Kenitra—no Kenitra, como por error se ha publicado en muchas informaciones, confundiendo así el verdadero teatro de los hechos—, sigue siendo en África la cuestión del día. Hay que tener en cuenta que el curso actual de las gestiones es poco optimista en cuanto a dar al rescate un trámite rápido, dada la psicología indígena, su desconfianza y su lentitud para tratar de esta índole. Los prisioneros han sido internados, según los últimos informes, en Ait Sokman. Esta tribu disidente está bien armada. Se le calculan de dos a tres mil fusiles de tiro rápido. La inquietud, el nervosismo de la opinión es bien ostensible en el África francesa. La Prensa del Protectorado francés la recoge a diario. Y no es extraño, dada la osadía de los rebeldes que llevan a cabo los secuestros y las fantásticas pretensiones que tienen para concertar el rescate. Por otra parte, la calidad de los últimos secuestros, familiares del residente general, había de dar forzosamente mayor relieve al asunto. Atribúese al suceso una finalidad que el propio M. Steeg, alto comisario, se ha visto obligado a desvirtuar en unas declaraciones que ha hecho a la Prensa. Según M. Steeg, el cabecilla Uad Guerni y sus seguidores no eligieron las víctimas para obtener por ellas un mayor efecto político. Fue un golpe dado al azar, de bandoleros que acechan en el camino el paso de algún viajero de calidad para realizar el asalto. Queriendo demostrar cómo esta clase de sucesos fueron frecuentes en África, recuerda el Sr. Steeg los secuestros en el mismo país, de Perdicaris, Harris y Mac Lean, en los días en que Ráissuni ejercía su bandolería a las puertas de la discutida ciudad del Estrecho. Por lo que se refiere al suceso actual, la Prensa estos días, dice M. Steeg que sería imprudente tomar cualquier represalia por ahora. Los más veteranos jefes militares que llevaron la campaña política de vanguardia creen debe procederse con prudencia, esperando obtener el rescate después de salvar todos los escollos y dificultades que la política mora—tan amigable—dilaciones, treguas y "chauchas"—impone a quienes han de salvarla. M. Steeg piensa en todas las garantías que pasan a estas horas de familiares de esas mujeres y niños prisioneros de los cañones, pues las suyas van tan unidas a ellas. Pero su cargo de residente ha de dar a estos actos mayor seriedad para que se eleman en juego de elementos que podían ser camuflados para llegar a un acuerdo con los rebeldes. En Beni Mel-lah púsose al día, en Kenisa, con Ben Nacer, representante de los rebeldes, que en un principio se negó a pasar territorio sometido a Francia, por temor a represalias. Más tarde, dicho bajá ponase al habla con el jefe rebelde de Hou-el-Bien sus tratos no parecían muy favorables. Por lo que al elemento europeo se refiere, también fueron puestos en movimiento el general Vidalon, Ducasse y M. Duclos; director de asuntos indígenas en la Alta Comisaría de Rabat, que estuvo en Beni Mel-lah, mientras los cabileños de Ait Aulia discutían las proposiciones para concertar el rescate. No ha regateado medios la Residencia francesa para resolver la difícil situación de los prisioneros de Beni Mel-lah, que queda sometida a la típica política berberisca, lenta, de forcejeo en cuanto vislumbren—como en el caso presente—posibilidades de un buen resultado. Para calmar la pública ansiedad

por la suerte de los cautivos—que rumores desmentidos más tarde agravaron—M. Steeg se ha visto obligado a hablar con ese tacto y habilidad que tanto le distinguen. La suerte de uno será la de todos, ha venido a decir M. Steeg. Los niños del ingeniero Arnaud son, acaso, los que más preocupan a todos, ya que no tienen a nadie que vele por ellos, muertos sus padres por los rebeldes. Por unos y otros cautivos se realizan iguales gestiones. No obstante estar separados e internados los dos grupos, Mas es conveniente que los informes, en Ait Sokman. Estos hechos otra significación que la que tienen, y que se desvanecen el temor de que ha de fomentarse la codicia accediendo a las absurdas pretensiones que tienen los rebeldes por el rescate; pretensiones que han subido de tono al pasar a los cautivos de tribu en tribu, celebrando frecuentes entrevistas con los jefes más reputados para discutir las condiciones de la captura. Pese, sin embargo, a las explicaciones del residente general, la opinión en el Marruecos francés y la Prensa de aquella zona más intranquila por las consecuencias que estos hechos puedan traer, si bien se conocen las acertadas disposiciones del Mando para contrarrestarlas. De vez en vez, estos sucesos inesperados vienen a conturbar los planes de quienes por azar o por simpatía hacia la obra del Protectorado pusieron a contribución en Marruecos su trabajo y sus energías.

LOPEZ RIENDA (Prohibida la reproducción) ESTE NUMERO DE EL SOL QUE CONSTA DE DOCE PAGINAS, SE VENDE, COMO DE COSTUMBRE, AL PRECIO DE DIEZ CENTIMOS



(Dibujos de la época, por Urrabieta Vierge.)

VARIACIONES Las bellotas de San Eugenio

Hay el santo que tiene roscuillas, el santo que pasea un cerdo de un cordellito y el santo de las bellotas. San Eugenio vuela sobre castruco y encineras que tiene bajo su protección, como santo vestido

alberozo madrileño por las encineras de El Pardo que por el altar de San Eugenio? Parece más bien eso: que las multitudes se citaban ese día, y se subrayó su nombre del almanaque por ser esa la fecha de la coincidencia.

la española, gracias a esa decoración de chaparros y encinas. Arbol uñoso, que fríe el sol entre sus ramas, ahora es cuando se humaniza más y deja caer abundante el fruto de sus pezones, cada una una obra acaba-

García Gutiérrez ha descrito la fiesta en un rinconcito de sus poemas: "¡Es mucha lid! Todo el pueblo se alborota Y acuden a la bellota Los vecinos de Madrid. Y cuando a la bellota Bailan ¡que es cosa de ver! Las chicas miran el codo, Y como place lo nuevo, Las retoza el alcecor. No hay madre que viva o duerma, Que no las quitan el ojo; Mas como el ganado es flojo, Todos los años hay merma."



de rudas estameñas que da consistencia a ese fruto último, que si es el más retrasado, es también el más consistente, entre fruto y bolinche o perinola, teniendo tal plasticidad de adorno, que la arquitectura, la carpintería y los forjadores de arte lo mezclan a sus ramas de piedra, madera o verja. No ha logrado saberse por qué se relacionan las bellotas con este santo, que fué arzobispo de Toledo. Quizá, si se alude a la proximidad preferente del paisaje, debía ser su fiesta en cigarrales y que todo el mundo recogiese la aceituna que le viniese en gana. Lo de bellota, realmente, parece un sustitutivo. Es coincidencia de bellotas en fiesta del santo, y fué antes el

de ajuste y pulimentación, pero dañados de desprestigio porque les dió a los cerdos por comer de él, cuando los cerdos, si hubieran visto trufas caídas, también se hubieran entusiasmado con ellas. La encina es un primer árbol, un árbol bíblico, un árbol que no ensevaliza las tierras en que se da, sino que las deja claras, aseguibles al mirar y sin demasiado miedo. El peregrino que marcha por entre los carrascos y las encinas se siente caminante a campo traviesa, anegado en una medio soledad muy humana, pero sin la imponencia de los bosques. Al ir a Portugal he cruzado numerosas veces por campos y campos de encinas, reborondas en la mañana, enjugándola, fortaleciéndola, dándole consistencia campesina, entonándola de agrestura para pastores, buhoneros y labrantes.

La encina es un árbol con personalidad rústica — con lo que quiero decir lejano de los que tienen personalidad legendaria y pagana— y bien merece esas caricaturas de palcos con que se le agasaja en el Pardo el próximo día de San Eugenio. Parece que esta fiesta ha de celebrarse entre rescollos del verano ido; pero el otoño se encarga en desenfocarla lo bastante para que resulte oñal y se vea con pánico ya la imponente Sierra, asomándose los excursionistas a la ermita del Santo Cristo de El Pardo, la ermita de la Pulmonía, donde lo más sobrecogedor son las velas ofrecidas al Cristo en pliego oficial, con todos los sellos y rúbricas de circunstancias, para ver si salvaba a D. Alfonso XII de la última pulmonía.

Flores también describe la fiesta y relata su final en este párrafo: "Terminado el banquete, alzanse los manteles, pero no se recogen las provisiones que sobraron, y los pobres son invitados para disfrutar de aquel botín. Vuelven a bailar hasta que el sol les avisa que se va con la linterna a otra parte; a cuya hora se acomodan en los carruajes y vienen haciendo apuestas de celeridad, a fuerza de dar propinas a los calerosos, a parar a la puerta de un café, donde termina la broma, si no hay baile y ome dispuestos en casa de alguno de los concurrentes." Tarde de merienda en que antiguamente celebraba sus últimas noticias con el campo todo un señor de sombrero de copa, hoy sólo queda el merendar para algunos recalcitrantes, en su mayor parte menestrales, que sienten que se arraigan más en la vida siguiendo el culto de la tradición. El automovilismo ha adelantado y trastrocado todas las horas, pues prepara en el campo de los días buenos su merienda de gallinas asadas y termos varios, y precisamente en el refugio de esa ramal de carretera, pacífico para las tomas de sol, donde se esperan los automovilistas, celebrando un San Eugenio sin bellotas, muchas tardes del año. La merienda ya no es aquella despreciosa hora de confianza con el verde suelo, en que todos se sentaban un rato en su amplia camada, sino especie de té elegante, con sillones desplegados y hasta mesa con mantel a cuadros, que impone al campo una circunspección rara, cambiándose entre los merendadores no la bota, sino el champañero, y habiendo juntaciones de meriendas que convierten la merienda en merendoneza.

Hay que tocar, sin embargo, las campanas de vísperas para mantener esa tradición, en que quizá se vuelva propicio el invierno, si los muchachos le aplacan sacrificando en su ana de El Pardo corderos y pellejos. Realicemos las fiestas pacíficamente. No es necesario que haya pendencias y las borracheras arrastradas de antaño. Conseguir la indulgencia, y a casa. Debe ser fruto de buena suerte la bellota; algo así como haba de la fortuna humilde en la estación de peligro que comienza. Ramón GOMEZ DE LA SERNA (Prohibida la reproducción.)

EL SOL se define principalmente por sus "editoriales". En ellos se acusa diariamente su perfil moral. La múltiple actualidad española y extranjera se proyecta en ellos, día a día glosada y comentada. Todo acontecido o lamentado, de cualquier linaje, que por su trascendencia peculiar reclama la pública atención es tratado en "editoriales" de este diario en instantes oportunos. En sus "editoriales", sobre todo, tiene EL SOL su voz y su voto, adecuadamente.

TEMAS ACTUALES

Los grandes naufragios y sus causas probables

La reciente pérdida del hermoso trasatlántico italiano "Princesa Mafalda" en los arrecifes denominados Abrolhos, de las costas del Brasil, en cuyo perance hay que lamentar la pérdida de muchas vidas, ha puesto una vez más, por desgracia, sobre el tapete la cuestión de la seguridad en la navegación moderna. La gente se pregunta cómo es posible que hoy, con los adelantos con que cuentan los grandes trasatlánticos, con la ayuda de los compases giroscópicos—que, por ser independientes de toda perturbación magnética, interna o externa, indican de modo preciso la dirección a seguir—, con los radiogoniómetros, con los sondadores acústicos, etc., etc., puedan ocurrir perances de tan tristes consecuencias. A señalar una hipótesis sobre el origen de estos siniestros están destinados estos humildes renglones. En modo alguno puede achacarse la catástrofe del "Mafalda", ni pudo ser la de nuestro "Príncipe de Asturias", naufragado hace unos años, en condiciones idénticas, y en aquellas mismas costas, ni a impericia de los dirigentes de la nave, ni a falta de modernos medios de orientación de la misma. Tanto el capitán del trasatlántico italiano como su colega del "Príncipe de Asturias" eran dos sólidos prestigios en la Marina de sus respectivos países. Ambos habían cruzado aquellas costas centenares de veces sin el menor tropiezo, y las conocían perfectamente, como conocían sus vientos y corrientes "normales". Y subrayamos la palabra normal porque, a nuestro humilde entender, sólo pudo haber originado las dos mencionadas catástrofes una corriente "anormal" de gran velocidad y dirigida en sentido de fuera hacia la costa. La Prensa de estos últimos días habló de otro barco de gran tonelaje, al que ocurrió un accidente parecido al del vapor italiano, pero que pudo salvar, no sin gran trabajo, de los arrecifes que le aprisionaban. Ha habido, pues, si nuestras hipótesis son fundadas, corrientes, fugaces tal vez, pero de gran velocidad, completamente anormales, esto es, que obedecieron a causas en absoluto diferentes de las que originan las corrientes normales en las costas del Brasil. Y los barcos, haciendo su ruta normal, se vieron arrastrados hacia tierra en lugares donde tal cosa no podía esperarse. Esas corrientes originaron los naufragios; pero ¿cuál fué a su vez la causa de dichas corrientes? Para nosotros pueden muy bien haber sido originadas por grandes movimientos sísmicos, lejanos o cercanos. Nos explicaremos. Hemos navegado, en los comienzos del siglo y durante unos años de modo casi continuo por aquellas costas, en velero, y en viajes del Río de la Plata a los puertos del Brasil y a los de las Antillas, y viceversa, y algunas, no muchas veces, hemos observado, tanto cerca como lejos de las costas, que nuestro barco fué arrastrado durante veinticuatro horas por corrientes de gran importancia, completamente anormales, con dirección hacia las mismas. Nunca supimos darnos una explicación de la causa de tales corrientes. Hoy nos encontramos ante un caso que tiene cierta semejanza con el mencionado al pretender explicarnos determinados movimientos de flujo y reflujo de gran amplitud y constancia, durante días enteros, que se notan, no con frecuencia, en el puerto de Tarragona. Se trata de los llamados "seiches" esto es, subidas y bajadas del nivel del agua, verdaderas mareas, de tal importancia, que en cinco minutos se nota un descenso y ascenso del nivel del mar de medio metro a un metro. ¿Cuál es su causa? Algunos au-

tores la atribuyen a interferencia de corrientes en las cercanías; pero otros creen que el fenómeno es producido por movimientos sísmicos lejanos. Parece que también se notan en el lago Lemán, lo que hace suponer que es más probable que la última hipótesis sea la verdadera. Y como precisamente estamos en un período de grandes perturbaciones sísmicas, al extremo que en algunos puntos del Pacífico son de esperar ondas de marea de origen sísmico—mareas que son siempre de tener por sus desastrosos efectos—, creemos nosotros que muy bien pueden ser debidas a esas mareadas las corrientes anormales que indudablemente recorren las costas del Brasil, y que no dudamos han causado los tristes naufragios que todo el mundo lamenta. Sería muy conveniente, a nuestro juicio, estudiar seriamente la cuestión, estableciendo un paralelo entre los grandes períodos sísmicos, como el actual, y los períodos en los cuales han ocurrido naufragios motivados por corrientes anormales. Si así se hiciera, y el resultado del estudio fuera tal que permitiera abrigar la creencia de la veracidad de nuestra hipótesis, se ganaría mucho en la seguridad de la navegación si, interin no se balizaran de modo más completo las costas de gran tráfico marítimo, se obligara a los barcos a navegar en determinados parajes teniendo en cuenta la "posibilidad" de corrientes anormales, temor que sería real en períodos de gran conmoción tectónica, como los señalados por los sismógrafos de todo el Mundo. Perder unos minutos o unas pocas horas para alejarse de los peligros de las costas imperfectamente balizadas, en época de peligro, no representaría mucho para las Empresas, y, en cambio, ¡cuántos dolores y cuántas pérdidas se evitarían con sólo lograr la evitación de una catástrofe como la del "Princesa Mafalda"! Creemos que cuantos marinos hayan observado algo que pueda hacer luz sobre los hechos que motivan este trabajo, deben apresurarse a hacerlo público, y por ello suplicamos a EL SOL, cuyas simpatías por las causas del mar son de todos conocidas, que recoja estas noticias, por lo que puedan contribuir a atenuar los efectos de catástrofes marítimas tan dolorosas como la del "Princesa Mafalda". Jaime FONT Y MAS (Prohibida la reproducción.)

Subasta voluntaria

El 21 de noviembre de 1927, a las quince horas, se venderá en pública subasta, ante el notario D. Juan Subirats, en su despacho (Calle de Alcalá, 18), y sin arremate, las casas en Madrid y su calle de Arriola, número 25. Títulos y pliego de condiciones en la Notaría, días laborables, de 11 a 13 y de 15 a 18.



LA PRINCESA DE LOS URSINOS POR ALFONSO DANVILA Y EMILIO FERRER

vida, vino a interponerse entre los amantes, haciendo sentir al ingrato un estremecimiento involuntario e instantáneamente reprimido. IX Aquella conversación sirvió, sobre todo, para rasgar de pronto el velo que parecía enlazar a Jenaro desde su encuentro con Adelaide, aislándole del mundo e impidiéndole reconocerse a sí mismo. La contemplación constante del retrato de Serafina resultó además en el joven la conciencia de su deber y el afán de conseguir noticias sobre la Niña de Plata. Desprovisto de medios para intentar otras diligencias más eficaces, y resuelto a no mezclar para nada a la marquesa de Teruel en aquellos asuntos, la primera idea que ocurrió al joven fué acudir al canal de don Bruno Zorraquín, si éste se encontraba en Barcelona, con objeto de obtener noticias sobre la familia de las Villarrubias. A tal efecto, entrevistó a doña Copla, cuya existencia conocía desde muchos meses atrás, la que solía socorrer, por medio de Nardo, en sus continuas necesidades. Pero, desgraciadamente, la esposa del ex-covachellista ignoraba en absoluto dónde pudiera encontrarse su marido, sabiendo sólo,

florona rica que conozco y que seguramente le pagaría bien la labor? —¡A mí me conviene todo lo que sea ganar unas monedas más! —Pues alégrese, que yo le arreglaré el negocio, y cuando esté resuelto, le mandaré recado por Nardo. Mientras tanto, acéptese esto. Poco es, pero la voluntad es mucha. —¡Dios le bendiga, don Jenaro, y le dé toda la suerte que merece!— gimoteó la beata, tomando las monedas que el teniente le ofrecía e intentando besar sus manos—. Por supuesto, que si no fuera por la embustera que yo me sé, poco habría que desear a su merced, viéndole ya casado a estas fechas con aquel ángel del Cielo que tanto le quería, y que nunca dejáremos de recordar ninguno de cuantos la conocimos. ¡Pobre Casildia! ¿Tuviste noticias de ella? ¿Será feliz en su matrimonio? ¡Yo creo que no, porque lo primero que bien se quiere nunca se olvida! ¡Y a usted le quería! ¡Vaya si le quería! —No sé, doña María, no sé; hace mucho tiempo que ni me atrevo a pronunciar su nombre. Porque la culpa de todo aquello no fué de nadie, sino mía, exclusivamente mía... Descartado el recurso de Zorraquín, quedaba únicamente el de alguna de las tertulias cortesanías que tanto abundaban en Madrid, y donde solían repetirse cuantas nuevas llegaban de Barcelona, traídas quién sabe por qué medios ni por qué conductos misteriosos. El palacio de Lerma, en el Prado, que servía de punto de reunión a los partidarios de su dueño, el duque de Medinaceli, personaje en quien, muerto el almirante, veía la grandeza su más genuino e ilustre representante, ofrecía la ventaja de los estrechos lazos de parentesco que unía a la familia de Villarrubia con la casa ducal, ostentadora también de los títulos de Cardona y de Segorbe. Pero el tedio que se respiraba en aquellos salones, donde había que medir las palabras y hasta las miradas, por el temor del dueño de casa a excitar las sospechas de la camarera mayor, tan desconfiada siempre de su lealtad, hicieron desistir a Jenaro de la idea de penetrar en ellos, seguro de que nada averiguaria que pudiera interesarle. Las asambleas vespertinas de los duques de Montellano, a las que concurría la mar-

diéndose la hospitalidad del prócer a buen número de bufones, monstruos y parásitos que divertían al admirante con sus habilidades o cuidaban de los perros, ferias y pájaros de todas especies que poblaban el dilatado jardín de la casa. Varios hijos naturales, sin reconocer, por pereza de su presunto padre o por considerarlo éste "demasiado arlequines", como he-



... o cuidaban de los perros... chos de muchas piezas, según frase popular de su excelencia, vagabundeaban también por allí, tratados y atendidos únicamente por la bondisima doña Catalina Ventura, a quien todo el mundo respetaba y quería. El marqués de la Jamaica, primogénito y heredero de la casa, unido en matrimonio desde 1702 con doña María del Pilar Fernández de Córdoba y Aragón, undécima hija de los duques de Sessa, residía por entonces en Cerdeña, cuyo virreinato servía, y no le iba en zaga a su ilustre padre por lo que tocaba a extravagancias ni talento; pero el duque no le mostraba cariño de ningún género, criti-

cando agratamente sus defectos, en especial el desaseo de la persona, y llamándole generalmente por tal causa con el apodo de "Don Fuero". Las opiniones políticas de Veraguas, oscuras y contradictorias al principio del reinado, parecían haberse decidido bruscamente, inclinándose del lado de los Borbones, e introduciéndole con tal habilidad en favor de la Reina, que desde entonces podía decirse era el grande de mayor confianza para sus Majestades, quienes le habían honrado con toda clase de gracias, y en especial con la presidencia del Consejo de Ordenes, uno de los puestos más codiciados y lucrativos de España. Sus brusquedades y famosas salidas regocijaban además a la alegre Saboyana, hasta el punto de consentir a su excelencia libertades nunca vistas en Palacio y bromear familiarmente con el Rey y sus íntimos sobre la pasión amorosa que había sabido inspirar al ogro, siendo lo más notable del caso que la princesa de los Ursinos, lejos de combatirlas, compartiera y ayudase tales simpatías, hablando o escribiendo bien de Veraguas y considerándole como el solo amigo con quien podía contar en un momento de apuro. Imprevisto en todo, hasta la religiosidad de aquel señor apartábase de la norma corriente entre sus iguales, pues si, por un lado, le hacía asistir a misa en compañía de toda su familia legítima y bastarda, observando los preceptos más rigurosos de la devoción y rodeándose de confesores, capellanes y religiosos de cualquier Orden, profesaba, en cambio, un odio manifiesto a cuanto procediera de Roma, negándose sistemáticamente, a visitar al nuncio Zondadari con diversos pretextos y desatándose a la menor oportunidad en denuestos contra el Santísimo Padre, a quien, en su entender, debía tratarse sin repulgas, siguiendo el ejemplo de Francia y el dictamen del sapiente regalista don Melchior de Macanaz, su amigo y asesor en tales materias, residente por aquel tiempo en Zaragoza.

CONTINUARA